





678608

## Apogeo y Ocaso de Barros Arana

Por ENRIQUE BUNSTER

Una de las cosas que causan admiración en la vida de nuestro historiador es su residencia íntima. El hombre que podía equipararse con él por su laboriosidad, el barón de Thiers, Maquibán, sometido a los cincuenta y cinco años todo el peso de su actividad intelectual. Pues bien, don Diego Barros vivió veintidós años más, y lo prodigó en que era de constitución enfermiza, a tal punto que no pudo completar sus estudios de leyes. Sólo él habría podido explicar de donde vino la fuerza para investigar y escribir miles y miles de páginas, para colaborar en la prensa diaria, fundar siete revistas, servir los cargos de Rector y profesor de cuatro universidades en el Instituto Nacional y de secretario general, decano de Filosofía y Humanidades y Rector de la Universidad de Chile, diputado en varios períodos, Ministro en Río y Buenos Aires y por fin en la cuestión de límites de la Patagonia. La que él resuelve en orden y diez años —trabajando casi hasta el último día—, sólo hubiera podido cumplirlo cuatro o cinco individuos dotados de salud normal e inteligencia normal.

En primer ensayo en las letras, el estudio biográfico sobre Vicente Donnerstag, fue talizado en el prólogo por Carlos Reyes, nada menos; y continuando este libro en su Memoria de Valparaíso, el periodista biógrafo Juan Carlos Gómez escribió que ama "el historiador de Chile". Poco falta en este de profecía, o mejor, nada más que sentido común, porque el autor era entonces menor de edad, era casi un niño, y no es difícil predecir además llegada en la madurez que de adolescente se ocupó con tal suma de talento.

Cómo historiador, no menos que como educador y estadista, Barros Arana pertenece a la fila de esos dos o tres generaciones que hicieron de esta obscura colonia la primera nación organizada de América española, temprano modelo de sus vecinos. No se debe menos afirmar que tuvieron sobre ellos de historia americana. Un general de voluntarios, José Miguel Carrera, crea la primera ley americana de libertad de la esclavitud, diecisiete y cuatro años antes que los Estados Unidos y veinte y siete años que el Brasil. En plena guerra por la libertad, cuando el mar aun domina el espacio, Agustín de Eyzaguirre después para la India, en barco de bandera nacional, el primer carpintero de color nativo, haciendo desde nada, sin dinero, tripulación ni bates. O'Higgins crea en dos años la estructura de guerra poder centralizada hasta entonces en las Américas, creando el primer cuerpo de guerra que tuvo en el mundo, en la época de sostener al más famoso ejército latinoamericano y le crea la unidad de guerra que destruyó al Ejército Libertador del Perú. Un comerciante Claudio Diego Prádan, que odia la política, no promueve discursos ni crea sus estudios de Maistre, hace la moneda sin recurrir a la dictadura, se apodera de media moneda por sueldos sin gastar un grano de pólvora, para volver al país de la libertad, y luego declara la guerra preventiva y la gana después de muerte. Los tres victorias aparentemente imposibles de esa campaña elevan al general Bulnes a la Presidencia, y este militar de corte legendario ingresa como estadista haciendo la independencia con Bulnes a la cabeza, apoyo al plebiscito Víctor/Ortega para introducir las primeras vapores, trenes, telégrafos y luz de gas del continente, y ocupa el Territorio de Magallanes adelantándose en veintidós horas al correo que venía a anunciarlo para Francia. Antes de dejar el Poder, Bulnes hace a sus colaboradores el último servicio impidiendo como sucesor al incomparable don Manuel Montt. Bajo su gobierno, Chile se coloca a la vanguardia en el ámbito hispanoamericano, expande su comercio a través del Océano, y la confusión y el orden interno allanan el camino a una pléyde de hombres de empresa. Manuel Ossaño explora el norte de Luca penetrando por debajo del hielo del mar; en el Maipo, Pando y Esmeraldas instala el molino de mayor capacidad en el mundo, desde Valparaíso. Agustín Edwards Ossaño llega a controlar el alcornoque del norte dejando su gracia en la Bolsa de Londres. Tomás de Urmeneta persigue durante dieciocho años un derrotero: empresa hasta descubrir el mineral de Tamaya, que le produciría veinte millones de dólares. Liberado por capital su abuelo de suite de gloria, José Bunster llega a la Arica en la peor de la guerra con los indios para construir su imperio económico en cuatro provincias, donde será dueño de diecisiete predios agrícolas, de una red de ferrocarriles, cuatro grandes molinos, un banco, un equipo ferroviario y la primera locomotora eléctrica que corrió en el país. De este auge industrial y mercantil invade surge Valparaíso con diecinueve navíos al ancla en su rada. El peso fuerte de plata cambia en Osaña elizado a la par con el dólar. Cuando muestra marca morante Jara viene a los cumplidos en la carrera de la banca a California y Australia, la guerra de España con el Perú le conduce a la victoria más de Chile. Valparaíso es fortificada, la flota de comercio queda paralizada y se corrigen los errores de ultramar. Al borde de la ruina, el débil país con arcadas hipotecadas vuelve sus capitales y su fuerza laboral en las minas bolivianas y en las salinas y ceramita y entra a competir el cultivo de Antioquia, descubriendo por José Jasso que el industrializado por Francisco de la Cruz, en la zona de Quilón. En la década de 1870 más de la mitad del capital chileno va Bolivia y Perú en silencio y el

alto coste para evangelizar la pampa mientras el desastre inglés Thomas North se apoderaba rápidamente de las calcheros para convertirse en el hombre más rico del norte.

Esta historia de variis singular, penosa y ardua, que culmina en la estancia a Lima para luego emprender a declinar, revelando a un varón digno de sus hechos, y con esta mente vive al mundo don Diego Barros Arana. Tardó medio siglo en cumplirlo recorriendo los dieciséis volúmenes de la Historia General de Chile, que se retoma a la gesta española del Descubrimiento y Conquista, y la relación de biografías y monografías especiales que prolongaron obra hasta la época del conflicto de la Patagonia, en que el mismo interviene en calidad de Thucydides y por fin.

En el prólogo de su prodigiosa capital define lo que el volumen por Historia "... el ensayadísimo libro de los hechos, en máxima natural explicada por medio de las relaciones de causas y efectos, el estudio, no sólo de los sucesos militares y brillantes, sino de todos los accidentes civiles y sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos."

Cuanto prueba del valor que sus contemporáneos concedieron a la Historia General está el hecho de que el gobierno de Balmaceda otorgó al autor en premio de veinte mil pesos cantidad inmensamente superior a la del moderno Premio Nacional de Literatura cuando recién iban publicadas los primeros tomos. Esta alta distinción se repite que el independiente merced se presentara contra el Presidente en 1891, renunciando a las cátedras universitarias que sólo reanuda después de concluido la Revolución.

A la conmemoración nacional atribuyéndose los honores que han debido atribuirse más que el chaparrón de dicción: no elevan nada muestra correspondiente del Instituto Histórico del Brasil y de la Real Academia Española.

Recordando a todos ahora, "el hombre austero, debilitado y solitario. En claridad a hacer sus cosas", cuenta don Gonzalo Bulnes. Entre ellas eran las de Literatura, Historia Literaria, Geografía, Historia de América, que el maestro creó con los textos de estudio que el mismo había compuesto. De paso para el Instituto dirige un curso a la historia de los Americanos, quitándose el sombrero, "para enseñar a la juventud a honrar la memoria de los grandes hombres".

En las horas que el post mortem de la vida libre ocupan, las postreras partes de la Historia General, cuyo último tomo vivió la luz en 1891, "Historia escrita en una pluma", refiere Bulnes, "introduciendo el papel sobre las rotulas, los libros de consulta acostumbrados en el mundo, al alance de la mano, y la caligrafía cubierta con un grupo de tablas negras". Agrega que llevaba una paño y que seguía escribiendo de noche, en casa, aprovechando el momento, bajo el resplandor de su lamparilla de gas.

Como no había cosa que no le interesara —y era la vejez aumentada su curiosidad— se puso a estudiar la historia de la guerra sagrada. «En cuanto al caso de los incas, y así intercalados, que frecuentan los templos con profusas diversiones, como el examen de sus obras de arte a las bibliotecas de las congregaciones; interesado en escuchar a un famoso predicador sacramental que hablaba sobre "la Religión y la Ciencia", sobrevivió una vez a la parroquia de San Bernardo. Perseguía contra los vestales, oídos previos para permanecer en la iglesia con el grupo puesto. Una vez que lo ve a la salida, dio un grito creyendo que se había producido el milagro de su conversión a la fe.

Pero más de un amigo de soltero. A uno que le hablaba con frecuencia de la guerra divina, le contestó:

—No tiene en justicia nada que ver, yo estaré a su lado en el otro mundo, porque he cumplido como hombre de bien todos mis deberes en este.

Se tiene que, en los días de su vejez, fue la prohibición de leer impuesto por el médico de cabecera. Bulnes prefirió que le quitaran la comida.

Fue hasta el último un guía y maestro de los jóvenes. Al mayor de sus nietos le dijo estas palabras como despedida:

—Se han pasado gran tiempo, querido escritor. Todo me es lección. La paz que sé que le he estado por fuerza en la cabeza, y me ha costado mucho. Cualquiera puede hacer otro tanto. Trabaja tú con un propósito serio y perdón, y dices la misma de ti.

Todo el mundo iba a visitarlo. El almirante Howard, jefe de una misión naval argentina, contó que había ido a presentarle sus respetos. "Se me importó lo que digan en Buenos Aires, se refirió homenaje al hombre más grande de Chile".

Le último que escribió, con su mano ya temblorosa, fue la dedicatoria A Adolphe Margale Dumas, inspirada en la portada de la Historia General, diez años de su muerte.

En su testamento dispuso una sucesión modesta, sin sospechar que su voluntad iba a ser desobedecida al pie de la letra. Fue velado en su propia capilla ardiente en el Salón de Honor de la Universidad, luego trasladado a La Merced, donde tuvieron lugar los honrosos funerales, y sepado por último hasta el Cementerio General por un cortejo de un kilómetro de largo que encabezaban tropas de la guarnición de Santiago, el Cabildo del

# Apogeo y ocaso de Barros Arana [artículo] Enrique Bunster.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Bunster, Enrique, 1912-1976

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Apogeo y ocaso de Barros Arana [artículo] Enrique Bunster.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile